

**“NO TIENE IGLESIAS, NI ESCUELAS”: EL GAUCHO Y LOS
 MODELOS DE CIVILIZACIÓN EN LA NOVELÍSTICA
 RIOPLATENSE**

*“They neither have churches nor schools”. The Gaucho and the cultural models
 in the River Plate novels*

*Eugenia Ortiz Gambetta**

Resumen

El trabajo tiene como objetivo el estudio de los modelos de civilización en dos novelas de gauchos: *Aventuras de un centauro en la América Meridional* (1868), de José J. de Vedia, y *Pablo, o la vida en las pampas* de Eduarda Mansilla. Ambas obras elaboran una etopeya del paisano, que más adelante otros autores consagrarían, pero además establecen nuevas convenciones genéricas en cuanto novelas sentimentales. La realidad carente de cultura —religión, educación y civilidad— del gaucho conforma nuevos modelos culturales (Lotman, 1982) que dialogan con los discursos políticos, la prensa y la literatura; y, además, convierten el romance nacional en vehículo de denuncia, discurso que se entronca más con la estética realista que con la romántica.

Palabras clave: Novelas de gauchos, Eduarda Mansilla, José de Vedia, Discurso político, Modelos de civilización, Siglo XIX.

Abstract

The aim of this paper is to analyze the cultural models in two Gaucho novels: José J. de Vedia's *Aventuras de un centauro en la América Meridional* (1868), and Eduarda Mansilla's *Pablo, o la vida en las pampas* (1869). Both novels propose a gaucho's ethopoeia. This was later developed by others writers, who also established new generic conventions for sentimental novels.

The Gaucho's lack of culture about religion, education and citizenship entail new cultural paradigms (Lotman). These are linked to political discourses, the press and literature, and also turn the national romance into a means of complaint, a discourse more rooted onto a realistic aesthetics than onto a romantic one.

Key words: Gauchos' novels, Eduarda Mansilla, José de Vedia, Political discourses, Cultural models, XIXth Century.

En el origen de la narrativa argentina, un corpus de novelas histórico-sentimentales ensayó las preceptivas y los gustos de la literatura europea. Los volúmenes llegaban de Europa en idioma original, pocas veces en versiones en español, y se traducían y publicaban en el espacio de los folletines de los periódicos.

En esas columnas y textos sueltos también comenzaron a aparecer producciones de autores locales que tenían algunas veces el subtítulo de “novela original”.

La práctica de lecturas de novelas eran a mediados del siglo XIX una actividad revestida de cierta sospecha, aunque entre las elites letradas del país había defensores y detractores. Lo cierto es que, más allá de la aceptación de los moralistas y los educadores, la novela fue un género muy prolífero en relación con el desarrollo cultural y económico y la inestabilidad política de Buenos Aires entre 1852 y 1880. Más aun, según una catalogación realizada hace poco, y completada por el trabajo de Molina (2011), he contabilizado noventa y cinco novelas publicadas en el país en esas tres décadas, sin incluir las de autores extranjeros, con los cuales la suma superaría el centenar.

Estas novelas seguían los parámetros de convención del romance tradicional (Frye, 60), y proponían ciertos modelos proyectivos de civilización que iban en consonancia con los ensayos político-sociales de la época de la Organización Nacional. Pero dentro de este *corpus* de novelas hay dos romances de gauchos cuyas tramas y asuntos implicaron un desafío a las pautas del género, ya que la situación marginal del paisano y su entorno desfavorecido ponían en cuestión las fisuras del proyecto poblacional blanco y homogéneo, y el esquema alegórico del romance nacional.

El gaucho era el ciudadano posible de la modernización argentina, a pesar, incluso, de su indefinible condición racial. Lo era porque representaba el grueso de la población local y, aunque estuviera desconsiderado en los ensayos positivistas, conformaba un elemento ineludible del proyecto poblacional.

El recorrido de los modelos de civilización en la narrativa argentina respecto del tema del gaucho es complejo.¹ La representación del paisano arquetípico no fue fácilmente asimilada hasta que Leopoldo Lugones canonizó el *Martín Fierro* en 1913. Antes de este gesto, la tradición oral y los textos cultos y populares sobre el gaucho no tenían adhesión de los grupos letrados, especialmente, a partir de 1852. Después de la caída de Juan M. de Rosas se había acentuado la condición de matrero u *outlaw* del gaucho, gracias a las campañas de enrolamiento obligatorio fomentadas por la “ley de levas”.

Una de las intenciones de la llamada “ley de levas” era fomentar la incorporación del paisano a una institución civilizada, a una entidad que los disciplinara y que encauzara sus tendencias. La garantía que el nuevo Estado podía dar al gaucho era que este lo convertiría en una persona con derechos y deberes, es decir, en un ciudadano. El enrolamiento del individuo era suficiente para la ansiada transformación, al menos en una primera instancia, pero lo que se echaba realmente

¹ Tomo el concepto “modelo de civilización” de la categorización “modelos culturales” (Lotman, 271).

en falta en la campaña eran otras instituciones más formativas y con beneficios directos para el gauchaje, especialmente, la iglesia y la escuela.²

La carencia de instituciones referentes de educación era una constante de la campaña, tal como lo enuncia Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*. Según su relato, después de pasar por esa experiencia en tierras de indios, Mansilla aprende “cómo se administra justicia, cómo se gobierna, qué piensan nuestros criollos de nuestros mandatarios y de nuestras leyes” (Mansilla, 1947:163-164), mejor de lo que había estudiado en los libros.³ A partir de lo visto y oído en su expedición, el Coronel escribe para aquellos que piensan que “el gaucho es un ser ideal” (294) ya que, lejos del prototipo, el paisano representa:

Una masa de pueblo sin alma, que en nada, ni en nadie cree; que desparramada en inmensas campañas, no tiene iglesias, ni escuelas, ni caminos, ni justicia, nada que la ampare eficazmente, que la prepare para el gobierno propio, para la verdad del sufragio popular, (...) porque no [la] estimula nada, nada en fin, sino un caudillejo armado o togado que la oprima o la explote (294).

Este resumen de los problemas del gauchaje se reitera también en *Aventuras de un centauro de la América Meridional*, de José J. de Vedia (1868) y en *Pablo, o la vida en las pampas* de Eduarda Mansilla de García (1869), pero en cada relato se enfoca de manera distinta. Por un lado, así como en *Una excursión a los indios ranqueles*, Lucio Mansilla compara la actitud de los gobernantes frente a los indios con la de los gauchos: “Quejarnos de que los indios nos asuelen, es lo mismo que quejarnos de que los gauchos sean ignorantes, viciosos, atrasados. ¿A quién la culpa, sino a nosotros mismos?” (Mansilla, 1947:137),⁴ en *Pablo, o la vida en las pampas*, la invectiva se dirige contra los hombres ilustrados de la ciudad que no procuran resolver los verdaderos problemas del hombre del campo, y son los responsables de hacerlo. Este poder del “pueblerero” respecto de la suerte del gaucho también se refleja en el desprecio que siente un paisano pacífico como Pablo Guevara por la educación formal, ya que para él, aquellos que lo maltrataban se proclamaban a sí mismos educadores.

² También Félix de Azara sugiere la necesidad de escuelas y de capillas en las zonas aledañas al Río de la Plata, a ejemplo de los pueblos del Paraguay y Mesopotamia, para educar a los campesinos. Propone, además, que se celebren fiestas públicas para que los paisanos tengan una ocasión social para asearse y vestirse decentemente (Azara, 4-7). Lo mismo nota en Uruguay el escritor anónimo de la crónica *Noticias sobre el Río de la Plata: Montevideo en el siglo XVIII*.

³ La falta de escuela e iglesia también se puntualiza en *Martín Fierro* en varias ocasiones (Hernández, 343, vss. 4601-4602) / 350, vss. 4827-4828).

⁴ Este desinterés del ciudadano, pero también su desprecio por el hombre rural, se refleja especialmente en otra novela del período 1850-1880: *El isleño, episodio de la guerra de la independencia* (1857) de Manuel Romano.

La displicencia de Pablo hacia la autoridad y todos los habitantes de las ciudades (en especial, la de Buenos Aires) se enfrenta a los esfuerzos de su madre:

Es que Pablo, en su calidad de gaucho *pur sang*, se hacía un placer en despreciar a las gentes de la ciudad, a las que creía afeminadas y hasta cobardes; él era el verdadero representante de ese odio irreflexivo y funesto que el gaucho abriga contra la gente de frac. Este asunto era siempre un punto doloroso entre la viuda y su hijo. La pobre mujer, que había recibido una educación algo esmerada, y que conocía sus ventajas, hubiera querido que su hijo, aunque pobre, tuviese un poco de cultura, de instrucción. Sólo a duras penas y después de luchas incesantes, consiguió enseñarle a leer; la resistencia que había hallado en aquella naturaleza violenta y rebelde era casi indómita. Pablo tenía un carácter indolente y colérico a la vez (155).

Para el gaucho, los conocimientos del mundo de la ciudad no servían para resolver las dificultades y necesidades de la campaña, y las injusticias cometidas por la autoridad que “los hombres de frac” representaban le bastaban para despreciar todo lo que provenía de ellos. Pablo rechaza estos valores aun cuando su familia había pertenecido a una clase pudiente en el pasado (Mansilla 2007:151), y a pesar de que su madre fuera un verdadero referente para él.

Ni siquiera el Federal, Juan Correa, un rico estanciero y administrador de campos, posee buena educación, aunque, por su condición, debió tenerla. Sus conocimientos son los mínimos e indispensables para llevar adelante los negocios, pero no más:

Moralmente el Federal es un ser limitado, sabiendo cuando más leer y escribir mal y llevando hasta el fanatismo su culto por el antiguo jefe de su partido, el general Rosas, a quien, sin embargo, no ha conocido. (...) El Federal no lee jamás; en toda la estancia no se hallaría otro impreso que algunos viejos números de la *Gazeta* que tomó en Rojas en una de sus excursiones, y un volumen del Registro Oficial olvidado sin duda por algún pasajero (131-132).

La presencia fortuita de lecturas en la casa, en consonancia con la austeridad de la decoración y la ausencia de visitas, denotan el lugar del conocimiento en un hogar económicamente próspero. Pero la formación de Dolores, la hija del Federal y novia de Pablo, es aún peor porque, huérfana de madre, había sido criada por una negra, tía Rosa, quien a duras penas le había enseñado algunas oraciones en latín (Mansilla, 2007).

Esta ausencia de referentes alfabetizados se une también a la falta de diálogos en su entorno familiar: “sin más sociedad que la de su nodriza (...) y la de su padre, que habla raramente y que por otra parte nunca tiene nada interesante que comunicarle a su hija” (*Id.*, 174), y a la carencia total de aficiones, amistades o pasatiempos de Dolores, situación que la convierte en una mujer sin referentes, en un

“buen salvaje” en estado puro. Lejos de la asociación que aunaría fortuna con cultura, Dolores vive la pobreza en medio de la abundancia:

Pero la joven, sobre todo la joven rica, la que, como Dolores no tiene necesidades de ocuparse de los cuidados materiales de la casa, la que no posee libros para instruirse o divertirse, la que carece de relaciones, la que no tiene vecinos que visitar, noticias que saber, pobres que socorrer, amigas con quienes cambiar sus confidencias, la que privada absolutamente de lo que llamaré las grandes salidas para esparcir uno su alma exteriormente... ¿Qué deberá hacer para llegar a ese grado de fermentación eterna que toda alma está destinada a experimentar para cumplir su misión humana? (175).

Por su parte, en *Aventuras de un centauro de la América Meridional* hay una visión más positiva sobre la cultura popular del gaucho ya que los bailes, las payadas, los chistes y la comida son considerados elementos de educación espontánea que ofrece la familia. Además, el narrador estima que el hábito de la escucha es un pilar en la formación del niño gaucho, “para la cual no se precisa ni de libros ni de preceptos de atención” (Vedia, 27) y, agrega, en ese procedimiento inconsciente reside su educación moral (27). Sin embargo, deja entrever que los padres son, como el caso de Micaela Guevara de *Pablo, o la vida en las pampas*, los responsables de enseñar a leer y escribir a sus hijos: “los padres del niño gaucho asumen el papel de *monitores*, del mismo modo que antes el de maestro, sin tener conciencia de ello. Aviso a los gobernantes, que por acaso no pensaron jamás en esas miserias” (27). Esta educación iniciada y continuada por los padres, que hacen de maestros y de escuela frente a la falta de provisión del Estado es, sin embargo, deficitaria. La única propuesta de *Aventuras de un centauro de la América Meridional* es que la manera de atraer a los gauchos a los libros sería a través del humor. Por eso, recomienda la lectura del *Quijote*, ya que sería “apreciada su concepción romancesca (...) por el lado de la chuscada” (Vedia, 142).⁵ El humor, asegura, se convertiría un instrumento eficiente:

Entre nuestros gauchos americanos, si supieran leer, o lo que es lo mismo, si los gobiernos hubiesen procurado enseñarles a leer, con tanto ahínco como procuraron enseñarles a evolucionar *con figuras de contradanza*, como decía el General D. Facundo Quiroga (...) No se necesitaba más que tal libro para estimular a los embriones de gaucho a olvidar momentáneamente sus boleadoras de tabas y deletrear el abecedario (142).

⁵ Una de las distinciones de carácter entre indios y gauchos es, para Martín Fierro, el humor: “El indio nunca se ríe, y el pretenderlo es en vano, ni cuando festeja ufano el triunfo de sus correrías. La risa en sus alegrías le pertenece al cristiano” (Hernández 217, vss. 571-576).

En suma, *Aventuras de un centauro de la América Meridional* propone lo que José Hernández consigue, años más tarde, con un poema gauchesco donde las penurias del paisano pero también, el humor criollo logran conquistar a un público campesino que nunca se había acercado a la lectura.

No solo la ignorancia era fruto de la escasa educación y rasgo distintivo del gaucho, sino también la holgazanería. Durante los años de la Organización hubo una preocupación continua por lo que la ley de 1860 había denominado “vagos y malentretenidos”, es decir, aquellas “personas de uno u otro sexo que no tengan renta, profesión, oficio u otro medio lícito con que vivir” y también “los que con rentas, pero insuficientes para subsistir no se dedican a ninguna ocupación lícita y concurren ordinariamente a casas de juegos, pulperías o pasajes sospechosos” (Rodríguez, 2006).⁶ Esta ley, sancionada antes de la unificación desde Concepción del Uruguay, sentó las bases de dichos conceptos que envolvían a un vasto grupo social. Con estas categorías se pretendía contener este género de hombres, entre los cuales estaban incluidos la mayoría de los habitantes de las campañas, y evitar los grupos de bandidos rurales que asolaban los pueblos, conforme se acrecentaba el número de enrolados en el ejército. De esta manera, se aseguraba desterrar la holgazanería del estilo de vida del gaucho, un vicio asociado con la indolencia y la libertad.

En las dos obras estudiadas, el tópico del gaucho como “vago o malentretenido” aparece de diversas maneras. Por un lado, en *Pablo o la vida en las pampas*, el cultivo de la tierra es considerado por el protagonista como una actividad antinatural, pero no deja de trabajar para su familia, ya que la cosecha y venta de sandías es su medio de subsistencia (Mansilla, 2007:156). De hecho, al contrario de lo que sucedía con la mayoría de los gauchos, la partida encuentra a Pablo trabajando en su carreta. La vida errática del joven gaucho, sin embargo, es apoyada por su madre. Micaela consideraba que la felicidad de Pablo era no trabajar y por eso pensaba seriamente en asumir todas las tareas del rancho,⁷ con tal que él siguiera sus inclinaciones: “¡Yo manejaré los bueyes ahora!... él será feliz... tendrá su caballo para andar libremente por donde quiera...” (Mansilla, 2007:156).

Más adelante, Pablo y Anacleto, perseguidos por la ley, van hacia una laguna para procurarse alimento. Anacleto le enseña a Pablo a cazar aves, pero el joven siente tal pena por matar a aquellos animales que el “gaucho malo” lo reprende: “Pablo, si he de hablarte como amigo, debo decirte que no tienes lo que se necesita para ser un buen gaucho” (254). A pesar de su amor por la vida sin salario, Pablo no es un hombre con condiciones para vivir solo en el desierto y procurarse el sustento

⁶ Estos dos conceptos, unidos a la figura del gaucho, estaban también presentes a finales del siglo XVIII, cuando la Real Audiencia acusaba de delito de vagabundaje a los gaudeiros no conchabados (Mayo, 151-152).

⁷ Para Sarmiento “todas las industrias caseras las ejerce la mujer: sobre ella pesa casi todo el trabajo; y gracias si algunos hombres se dedican a cultivar un poco de maíz para el alimento de la familia, pues el pan es inusitado como mantención ordinaria” (Sarmiento, 71-72).

en la naturaleza. El amor por vivir en libertad, sin jefe ni trabajo fijo, no es para Anacleto un requisito suficiente del candidato.

Por su parte, el narrador de *Aventuras de un centauro de la América Meridional* cuestiona el tópico, al decir que este surge porque el gaucho es considerado en “sus momentos de solaz y de indolente abandono, que no prueban otra cosa que la altivez de su naturaleza inculta” (Vedia, 202). Agrega que aquellos que dicen que “esa indolencia que parece manifestarse por el desapego al cultivo de la tierra es inherente a su organismo, vulgarmente, que son haraganes”, hacen un juicio falso por tener una vida acomodada: “Es fácil decirlo (...) recostado en muelle sofá, paladeando una copa de Malvasía y saboreando una pechuga de martineta en gelatina” (202). A pesar del rechazo de una sentencia que considera apresurada, sus gauchos rara vez aparecen trabajando y sólo se consignan, como medios para conseguir alimentos, aquellas correrías de caza que organizan en grupo Irene, Bruno y Santos Páez.

El gaucho como peón de campo no está prefigurado en estas novelas. Tanto Irene como Pablo no son asalariados y si trabajan, lo hacen con esfuerzo en la propiedad de su familia. La relación patrón-asalariado, aunque fuera considerada en muchos casos paternalista y, a veces, revistiera intereses políticos, era el primer paso para la civilización del hombre de la campaña.⁸

Otra de las instituciones de la civilización ausente en el campo era la iglesia y sin ella, en *Aventuras de un centauro de la América Meridional* y en *Pablo, o la vida en las pampas* desaparece toda referencia moral o religiosa “oficial”. La lejanía de ranchos y poblaciones respecto de ciudades o pueblos más grandes, traía aparejada, primero, una tardía incorporación de los paisanos al cristianismo y, después, una especie de religión natural, situaciones anunciadas ya en *Facundo. Civilización y barbarie*:

He aquí a lo que está reducida la religión en las campañas pastoras, a la religión natural: el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradición que se perpetúa, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instrucción, sin culto y sin convicciones. En casi todas las campañas apartadas de las ciudades ocurre que cuando llegan comerciantes de San Juan o de Mendoza, les presentan tres o cuatro niños de meses y de un año para que los bauticen. (...); y no es raro que a la llegada de un sacerdote se le presenten mocetones que vienen domando un potro a que les ponga el óleo y administre el bautismo *sub conditione* (Sarmiento, 71).

Así, en *Pablo, o la vida en las pampas*, Micaela Guevara, “como todas las mujeres de la pampa, tenía una religión suya propia. En aquellas vastas soledades, las

⁸ En novelas anteriores a esta ya aparece el gaucho asalariado, a veces diferenciado y otras, identificado con el peón, por ejemplo, en *Manso* (9-13) y en *Cané* (441). En esta última se resalta la relación de Mr. Sconner y sus peones-gauchos.

mujeres tienen muy rara ocasión de ocuparse especialmente de la religión. Hay muchas de ellas que jamás han visto a un sacerdote” (Mansilla, 2007:215).

También el gaucha es para *Pablo, o la vida en las pampas* un individuo que, dadas las condiciones de su entorno, se relaciona espontáneamente con Dios:

Sintiéndose solo, aislado, el ser pensador hállase en alguna manera más cerca de Dios, así es que el hombre de la pampa tiene el sentimiento de la Divinidad fuertemente desarrollado. Jamás habla de Dios sin expresarse en un lenguaje que prueba cuán compenetrado está de su grandeza y de su fuerza. Solamente todo lo que es culto o dogma es para él desconocido o insignificante. Cosa remarcable; el gaucha tiene una fe a toda prueba en la bondad de Dios. (...) Dios es bueno, dice, y perdona siempre a sus hijos (216).

Este sentimiento religioso, favorecido por la soledad del espacio que habita, no tiene cauces sacramentales, ya que para acceder a una iglesia los paisanos estaban obligados a hacer entre sesenta u ochenta leguas o “lo que es más terrible para ellos, obligados a entrar en una ciudad, condición indispensable, por otra parte, cuando se trata de bendecir su unión o de bautizar a sus hijos” (Mansilla, 2007:220-221). Sin embargo, la falta de conocimientos sobre religión o lo que Martín Fierro decía que era peor- no saber rezar cuando había necesidad, queda consignado como una más de las pobreza del paisano.⁹

Esta realidad implicaba una situación especial en cuanto a la formación de las familias y la unión de las parejas. Y, respecto de esto último, en *Aventuras de un centauro de la América Meridional* y en *Pablo, o la vida en las pampas* hay una presencia de relaciones amorosas que, curiosamente, transgreden el decoro propio del género sentimental de las novelas de la época. Irene y Clara, y Pablo y Dolores¹⁰ viven su amor sin las prescripciones de los noviazgos decimonónicos.¹¹ Sus relaciones extramatrimoniales están sugeridas como desbordes de pasión, y son justificadas por los narradores por la inocencia e ignorancia de los amantes:

⁹ En *Martín Fierro*, cuando muere Cruz y el matrero no conoce ninguna oración: Todos pueden figurarse cuánto tuvo que sufrir; yo no hacía sino gemir, y aumentaba mi aflicción no saber una ración pa ayudarlo a bien morir (Hernández 227, vss. 901-906). Algo similar expresa el cantor, cuando busca consuelo en la tribulación: “¡Dichoso en tan duro trance aquel que sabe rezar! (Hernández 258, vss. 1951-1958).

¹⁰ Hay similitudes entre la historia de Pablo y Dolores, y la del gaucha Miguelito y su amante en *Una excursión a los indios ranqueles*: el nombre de la joven se repite, Dolores, y también ésta era hija de un rico propietario; en ninguno de los dos casos la relación prospera, y tanto Miguelito como Pablo son dos gauchos golpeados por la ley injusta (Mansilla, 1947:148-149).

¹¹ Las relaciones extramatrimoniales se denominaban “amistades ilícitas” durante la colonia (Mayo, 182). Si bien era muy común el amancebamiento, pasajero o permanente, entre los paisanos en la campaña, aun así, gracias a la existencia de padrones parroquiales y actas judiciales contra este tipo de relaciones, se puede deducir que había bastante acatamiento al modelo monogámico tradicional (185).

Dolores no había conocido madre; ajena a toda idea de moral, delinquiró sin comprender ni lo que había dado, ni lo que había podido rehusar. La voz del pudor ofendido le hizo sentir demasiado tarde que acababa de cometer una falta..., de infringir una ley... ¿Pero cuál...? Lo ignoraba...

(...) En el ardor de su pasión, en el fuego de su edad, y quizás a pesar suyo, empujado por la desesperación, Pablo tuvo la osadía de tomar lo que el amor no acuerda al amor, sino santificado por la majestad de un juramento, o por el sacrificio de una virtud (138).

Pero también se alude a que la infracción moral de las parejas es propiciada por alguien o algo exterior a ellos: la criada Rosa en el caso de *Pablo, o la vida en las pampas* y los sucesos del rapto y la soledad de la naturaleza, en *Aventuras de un centauro de la América Meridional* (Vedia, 83).¹²

La inocencia del acto sexual entre los jóvenes no casados es, para *Aventuras de un centauro de la América Meridional*, una situación no punible, por la ausencia de referentes y la falta de una estructura social estable en la campaña. Incluso, para el narrador, es más lícita esa relación que cualquier matrimonio concretado por conveniencia (83). No hay en la novela de Vedia una sanción por el matrimonio natural entre Irene y Clara y, más aún, luego de ser bendecido por Diana Campoamor, Irene se refiere a Clara como su esposa, al llegar a la ciudad, en una suerte de viaje de bodas (191).¹³

Diana, la madre del gaucho, se convierte así en madre de Clara, tal como le había prometido Irene a su nueva mujer:

La madre de Irene la recibió en sus brazos, se sentó en su regazo, prestó atención celosa a sus confidencias y... fuerza es decirlo, con un corazón de madre dispuesto de antemano a la absolución de todo pecadillo a que las pérfidas insinuaciones de Irene la hubiesen conducido, (...) aprobó y bendijo los proceder de su hija adoptiva, porque asegurando la felicidad de su hijo, en nada inferían agravio a la moral. (...) Oída la confesión, levantó su vista hacia el altar que sobre la mesa estaba y dijo con unción: —Aquel lo ve todo, hija mía, y su Santísima Madre también y si has podido cometer alguna falta, él te perdonará y volverá a tu alma la pureza de su inocencia. Implora su protección y hasta digna de merecerla obedeciendo a las inspiraciones del bien y resistiendo a las tentaciones del mal. (...) Esto dicho, la besó en la frente, repitiéndole: yo soy tu madre (138-139).

¹² La lucha del pudor y el entorno de la naturaleza que propicia la expansión de los amantes aparecen también en *Atala*, pero la promesa de la india a su madre y su voluntad vencen (Chateaubriand, 68-72).

¹³ Con respecto a la práctica del “robo de la mujer” en el campo, una de las causas penales que tenía Irene (Mayo, 185-190).

Este ritual doméstico de absolución y aceptación reemplaza, aparentemente, los ritos sacramentales del perdón y el matrimonio. La madre del gaucho se convierte así en la figura religiosa de la campaña, la verdadera autoridad de la comunidad. Por otro lado, al ser presentada en casa de los amigos de Irene, Santos Páez y Bruno, y también en casa de los Campoamor, Clara no es juzgada por la situación del rapto. Nadie se pregunta ni enjuicia a los jóvenes, sino que, por el contrario, los reciben con alegría (Vedia, 104).

El narrador se posiciona en defensa del matrimonio no religioso y la ausencia de medios para juzgar la moralidad del acto: no se puede juzgar con criterios de la ciudad a una pareja que vive en el desierto. Por su parte, *Pablo, o la vida en las pampas* explica también la situación familiar de la campaña: “la mayor parte del tiempo, los gauchos *viven juntos*, como ellos dicen, con la intención de hacer bendecir el enlace después” (Mansilla, 2007:215), y justifica la relación extramatrimonial de Dolores porque “pecaba por un exceso de inocencia...” (138).

Al igual que en *Aventuras de un centauro de la América Meridional*, en *Pablo, o la vida en las pampas* hay una mirada benevolente sobre las condiciones de los gauchos y su actuar. No solo se justifican sus acciones criminales, sino también sus elecciones religiosas y morales, implicándose en ambos textos una cierta heterodoxia en relación con su contexto. Esta lectura cultural alternativa, sin embargo, es más propia de Mansilla que de Vedia, ya que el narrador de *Pablo, o la vida en las pampas* propone nuevas lecturas, al margen de la doctrina (217), y propone una mirada comprensiva sobre la religión *sui generis* del paisano: “¿Debemos creer por eso que Dios aparta de él sus ojos, con ira, en el momento supremo?... Su mujer y su madre no piensan así: ellas continúan siempre invocando al *Padre nuestro que estás en los cielos*, que todo ve y todo comprende” (221).

Por no haber sido educadas, estas parejas desconocen los códigos del amor civilizado, de manera que se oponen a las duplas románticas canonizadas en *Amalia*, de José Mármol. Estas convenciones sociales que, según el narrador de *Aventuras de un centauro de la América Meridional*, están “revestidas de fórmulas más o menos ridículas, entre las cuales algunas degeneran en sacrílegas” (Vedia, 66-67) son cuestionadas una y otra vez y prevalece, en suma, la concepción positiva de una ley natural. Además, frente a la ausencia de una institución religiosa que avale y proteja a las familias, la madre del gaucho se convierte en una mediadora de la divinidad para sus hijos (Vedia 56), cuya bendición es imprescindible (152). Es la fuerza social de la campaña que organiza a los demás (Mansilla, 2007:211-222), que los acoge y contiene (Vedia, 139-141;100-102), y quien genera la búsqueda de justicia y de orden social, por medio de la acción, y en *Pablo, o la vida en las pampas*, mediante una larga peregrinación en el campo (Mansilla, 2007:156-159) y en la ciudad (239-246).

Esta imagen de la madre del gaucho se condice con la mayoría de los personajes femeninos de Eduarda Mansilla, para quien, según Mataix (2006), la mujer está destinada a “reconducir la anarquía social a través de su capacidad de

instrucción en la sensibilidad” (221). Desde esta clave, la madre del gaucho es, a pesar de su incultura y su pobreza, el elemento civilizador de la campaña, un factor que varios pensadores de la Organización Nacional tuvieron en cuenta en sus políticas educativas.

En resumidas cuentas, en estas dos novelas de gauchos hay una nueva propuesta de modelos culturales para las lectoras y lectores urbanos de la Argentina premoderna. En estos textos, mediante recursos más realistas que románticos, se denuncia la situación irregular de la campaña, la falta de instituciones y referentes culturales. Por otro lado, no hay un enfoque absolutamente negativo sobre la cultura popular y la autoridad natural representada por la madre de familia. Por otro lado, y especialmente en *Pablo, o la vida en las pampas* los modelos urbanos de civilización se convierten en relativos porque la educación no implicaba, necesariamente, virtud.¹⁴

Así, en esta novela —atravesada por la lectura de *Facundo*—, Eduarda Mansilla reescribe la barbarie. En ella propone una nueva fórmula para la caracterización de los partidos políticos, porque el nuevo gobierno —en principio, construido en la oposición a Rosas— tiene un proceder que es “bárbaro y descarnado” y “ratifica que *saber leer no garantiza el bien social ni la moral pública*, porque la autoridad hace caso omiso de la ley” (Batticuore, 256).

En suma, estas dos novelas de tema gauchesco vienen a decir que, si bien la falta de instituciones en el desierto es el origen de individuos ignorantes, huérfanos e infieles, tampoco la educación es la garantía para que los hombres sean civilizados. Por el contrario, más que la escuela y la iglesia, la autoridad materna, como referencia social natural frente a la carencia de estructuras de civilización, es la que forma al gaucho virtuoso; el mismo que, mediante el discurso criollista, pasará de ser un paria social a un auténtico ciudadano argentino.

Universidad de Montevideo*
Facultad de Humanidades
Prudencio de Pena 2412. Montevideo (URUGUAY)
mortiz@um.edu.uy

¹⁴ Por ejemplo, los textos que aparecen en el relato, los mismos que se originan en el poder militar o estatal, se vuelven obsoletos por el capricho o el humor de la autoridad de turno. Así, el miliciano que detiene a Pablo, en el primer capítulo de la novela, rompe la papeleta de excepción, el único documento que identificaba al gaucho como ciudadano (Mansilla, 2007:105-106). De la misma manera, la carta del Gobernador que Micaela quiere presentar ante El Duro para conseguir la amnistía de su hijo no sirve de nada, porque Moreira asegura que no sabe leer y porque Pablo, para el momento de la presentación de esa carta, ya estaba muerto (295-296). Esa inutilidad se subraya aún más cuando, al saber la noticia de la muerte, Micaela se convierte en una loca vagabunda cuya obsesión es repetir el texto del gobernador infinidad de veces al día, hasta convertirse en una figura de atracción para los visitantes de la ciudad: “vamos a pedirle a la loca que nos lea la carta del Gobernador” (297). Por último, los artículos sobre el anónimo gaucho, publicados en *La Tribuna*, no consiguen más que un debate efervescente pero, a la larga, pasajero (250). Los documentos y artículos, en definitiva, la educación, no son garantía de orden y justicia.

OBRAS CITADAS

- Anónimo. *Noticias sobre el Río de la Plata: Montevideo en el siglo XVIII*. Nelson Martínez Díaz, ed. Madrid: Historia 16, 1998.
- Azara, Félix. *Memorias sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801*. Madrid: Sanchiz, 1847.
- Batticuore, Graciela. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Cané, Miguel. *La familia de Sconner*, serie 4ª-novela, vol. I, nº 1. Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires), 1930:409-483.
- Chateaubriand, René François [Vizconde de]. *La Atala. El René. El último abencerraje* (sic). Manuel M. Flamant, trad. Gerona: Establecimiento Tipográfico de Gerardo Cumané y Fabrellas, 1871.
- Hernández, José. *El gaucho Martín Fierro / La vuelta de Martín Fierro*. Luis Sáinz Medrano, (Ed.) Madrid: Cátedra, 2007.
- Frye, Northrop. *The Secular Scripture. A Study of the Structure of Romance*. Cambridge: Harvard University Press, 1976.
- Lotman, Yuri. *La estructura del texto artístico*. Madrid: Istmo, 1982.
- Mayo, Carlos A. *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- Mansilla, Eduarda. *Pablo, o la vida en las pampas*. Mansilla, Lucio V. trad. Buenos Aires: Colihue/Biblioteca Nacional, 2007.
- Manso de Noronha, Juana. *Los misterios del Plata. Episodios históricos de la época de Rosas escritos en 1846*. Buenos Aires: Jesús Menéndez, 1924.
- Mármol, José. *Amalia*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Mataix, Remedios. "Romanticismo, femineidad e imaginarios nacionales. Las Lucía Miranda de Rosa Guerra y Eduarda Mansilla". *Río de la Plata* 29-30 (2006):209-224.
- Molina, Hebe B. *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872*. Buenos Aires: Teseo, 2011.
- Rodríguez Molas, Ricardo E. *Historia social del gaucho*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Romano, Manuel. *El isleño. Episodio de la guerra de la independencia*. Buenos Aires: Imprenta Americana, 1857.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo. Civilización y barbarie*. Roberto Yahni, ed. Madrid: Cátedra, 1990.
- Vedia, José J. de. *Aventuras de un centauro de la América Meridional*. Buenos Aires: Imprenta del Orden, 1868.